

cimiento horrible sobre la realidad conocida que ha de ser compensado retóricamente. En “Eisberge” somos testigos como pocas veces de la crítica blumenberguiana a la sociedad política y mediática contemporánea, lo que nos muestra por unos instantes al Blumenberg más mundano sufriendo las consecuencias de una época. Pero sólo momentáneamente. Tras cada documento y tras cada cita lo que se encuentra en última instancia es el estudio de la relación entre lo original y lo impuro, entre lo transitorio y lo duradero, entre lo visible y lo invisible, lugares comunes de la metafísica en los que acostumbramos a encontrar el pensamiento blumenberguiano.

La lectura de *Quellen, Ströme, Eisberge* nos va a forzar a recorrer una vez más el camino de ida y vuelta de la temerosa realidad absoluta a la consoladora fantasía simbólica. Mientras esperamos la indudable llegada de futuras publicaciones, como la prevista para mayo de 2013 *Hans Blumenberg, Jacob Taubes. Briefwechsel 1961-1981*, en el presente podemos contentarnos –aunque con una limitada accesibilidad debida a la falta de traducciones pronosticables– con esta última contribución al entendimiento de los fundamentos antropológicos del ser humano.

Josefa Ros Velasco

H. U. GUMBRECHT, *Lento presente: sintomatología del nuevo tiempo histórico*, trad. Lucía Relanzón Briones, Escolar y Mayo, Madrid, 2010, 181 pp.

Cuando uno termina de leer a Gumbrecht se queda con una extraña sensación de incomodidad, generada probablemente por la tensión que surge de la fuerza de sus planteamientos y de nuestro escaso hábito en la reflexión sobre los detalles de la vida cotidiana. No es muy común entre nosotros (aunque, ¿qué nosotros? Gumbrecht no forma parte de ningún compartimento académico estanco) ponerse a reflexionar sobre la vida de todos los días. Si hay algo relativamente establecido en las humanidades, en una especie de pacto tácito, no es otra cosa que el imperativo (esta vez no kantiano, y menos mal) de no bajar a la arena pública y rabiosamente actual, de no mojarse (cambiando de elemento). Quizá Gumbrecht lo haga azacaneado por las necesidades que genera la cercanía con el público estadounidense. Sin embargo, más allá de estas motivaciones específicas, es algo que en muchas ocasiones se agradece enormemente. Ese sutil “soplo de aire fresco” del que habla José Luis Villacañas en la introducción del libro parece sentirse realmente a través de las páginas. Y no estaría de más señalar que eso es precisamente lo que Gumbrecht pretende con sus efectos de presencia.

*Presencia* es uno de los términos fundamentales para comprender la propuesta de Gumbrecht. Éste desea la presencia de las cosas, pero también desea que la presencia de las cosas se muestre en los textos; en los de los demás y en los suyos, pues la lectura de cualquiera de sus libros hace evidente que su deseo de presencia contamina su escritura. Gumbrecht intenta lograr que su mundo esté inserto en un texto que, por su parte, nace de y recoge los momentos y las situaciones en los que fue escrito o concebido. De ese modo, al poner el énfasis en la reflexión sobre la cotidianidad del mundo y en el trato con las cosas y su presencia en el texto, pretende ayudar a superar “la insuficiencia de nuestros conceptos filosóficos para la comprensión de los mundos cotidianos actuales.” (p. 36) Gumbrecht ofrece así un nuevo planteamiento general, y es aquí donde radica su principal atractivo.

Una de las claves para entender este libro proviene de una reflexión que Gumbrecht inició de forma sistemática a partir de *Producción de presencia*. Allí, Gumbrecht asociaba el deseo actual de presencia con una nueva comprensión del tiempo donde el presente se convierte en un presente ancho o, como dirá en este nuevo libro, lento. De esta coyunda entre una nueva comprensión de la temporalidad y una nueva forma de pensar la relación entre el significado y la presencia en las humanidades surgen los novedosos planteamientos contenidos en este libro, que, la verdad sea dicha, son difíciles de encontrar en la filosofía actual. El propio Gumbrecht se cura en salud al presentar en *Producción de presencia* una lista (tan dispar, hay que reconocerlo) de autores contemporáneos cuyas preocupaciones son cercanas a las suyas y con los cuales puede estrechar afinidades intelectuales: Umberto Eco, Jean-Luc Nancy, George Steiner, Karl Heinz Bohrer, Judith Butler, Michael Taussig, Martin Seel, Hans-Georg Gadamer... y Martin Heidegger.

La noción de presencia, de esta manera, actúa como núcleo de una propuesta que podemos descomponer analíticamente en tres grandes cuestiones que vertebran el libro. La primera se refiere a la cuestión de la temporalidad y de la historia, donde Gumbrecht piensa con y contra algunos autores contemporáneos en busca de los nuevos “espacios de tiempo(s) postmoderno(s)”. La segunda se refiere a la posibilidad de producción de efectos de presencia en los textos y a la indeseada hegemonía de la interpretación en las humanidades. La tercera, que contiene elementos de las dos primeras, se refiere a la tarea y al futuro (primera cuestión) de las humanidades (segunda cuestión). Tomando simplemente en consideración dos de los últimos títulos publicados por Gumbrecht (los dos únicos citados por ahora), la insistencia en la presencia tiene, por un lado, un escorzo temporal (de ahí *Lento presente*) y, por otro lado, un escorzo textual (de ahí *Producción de presencia*), que nos llevan a la pregunta por el futuro de las humanidades.

Gumbrecht se apoya principalmente en las reflexiones de Koselleck para mostrar los rasgos del antiguo cronotopo del tiempo histórico y en las de Foucault, Lyotard y Luhmann, como compañeros en el análisis de la modernidad, para describir el nuevo cronotopo del presente dilatado. En relación con Koselleck, es preciso recordar que Gumbrecht ha contribuido con varias entradas en los múltiples diccionarios que se han gestado en el grupo del primero y que, por consiguiente, conoce de primera mano la escuela de la historia de los conceptos. Parece, sin embargo, que Gumbrecht intenta asimilar estas enseñanzas para ir más allá de esta escuela. En todo caso, el diagnóstico de Gumbrecht de nuestro tiempo y de las humanidades, diagnóstico subordinado a la descripción del cronotopo en el cual nos hallamos inmersos, es relativamente simple. Así, el cronotopo del tiempo histórico, que funcionaba como motor tanto de las ideologías del progreso como de las humanidades, hoy ha dejado de funcionar. Hace unas décadas funcionaba “aquel cronotopo surgido a principios del siglo XIX, que tuvo tanto éxito como precondition institucional de la conducta y de la acción que, sencillamente, acabó confundiendo tiempo e historia, hasta que algunos historiadores con ambiciones filosóficas, sobre todo Michel Foucault y Reinhart Koselleck, empezaron a historizarlo.” (p. 73)

Gumbrecht subraya con Koselleck las características de la conciencia histórica, para señalar inmediatamente que ya no se dan en nuestros “espacios de tiempo(s) postmoderno(s)”. Así, nuestra nueva forma de comprender el tiempo ya no depende del cronotopo del tiempo histórico, sino del cronotopo del presente dilatado. Hemos cambiado de cronotopo. La asimetría entre el espacio de experiencias y el horizonte de expectativas que según Koselleck caracteriza a la conciencia histórica se ha hecho tan grande en nuestros días que nuestro presente ya no puede mediar entre ambas dimensiones. Esta imposibilidad de mediación produce un presente amplio, un presente que “se dilata cada vez más”. Además, ya sólo somos capaces de percibir el futuro desde la perspectiva de la amenaza, y por eso lo alejamos todo lo posible. Por su parte, el pasado reciente es incapaz de pasar y acabamos rellenando el presente con múltiples pasados. De ese modo, el presente se amplía; se hace un presente lento, estancado, simultáneo.

Lo característico de la quiebra del cronotopo del tiempo histórico consiste en que no volvimos a la concepción de la historia como *vitae magistra*, la concepción de la historia que la Historia enterró y que Koselleck añora. La historia ya no tiene una función didáctica. Gumbrecht ya ha tratado en el apéndice titulado “Después del aprender de la historia” de su libro *En 1926* de este tópico, de las posibilidades que ofrece una historia de la cual ya no se puede aprender. De hecho, el libro entero no es sino el resultado del esfuerzo por intentar contestar a la pregunta: ¿qué hacer con la historia cuando ésta ya

no enseña? Gumbrecht intenta traer de nuevo a presencia un pasado (1926). ¿Con objeto de aprender de él? No –responde con una sonrisa maliciosa Gumbrecht-, sino con objeto de generar la ilusión de hacernos vivir y respirar en 1926. El descubrimiento de nuestro tiempo consiste en que cuando ya no es posible aprender de la historia surge el deseo de traer a nuestro presente pasados diversos. El deseo de presentificación del pasado, conceptualizado por Gumbrecht en *Lento presente* a través del cronotopo del mismo nombre, anula la cuestión de los beneficios que se derivan de estudiar (y comprender) el pasado. Este juego con las cosas del pasado como si estuvieran en nuestro mundo, donde la dimensión del espacio prima sobre la dimensión del tiempo, viene acompañado del disfrute, del goce. Ahora se trata disfrutar del pasado.

Es verdad que esta conversión estética de la historia en goce no convence a muchos (y con razón, añadiría). Es manifiesto que no podemos dejar de lado que la historia en cuanto disciplina no tiene el mismo rol social de legitimación política que tenía la gran historia asociada a los Estados-nación del siglo XIX, que su estatus se ha modificado para peor. Sin embargo, no hemos de olvidar la importancia, cada vez menor pero todavía efectiva, de nuestro pasado para la constitución de nuestra identidad individual y colectiva. Puede que el estatus actual de la historia exija otras formas, quizá no narrativas, como pretende Gumbrecht (véase *En 1926*), de representación historiográfica. En todo caso, compartamos o no sus tesis sobre la estetización de la historia, hemos de reconocer la novedad del planteamiento y la extrema coherencia con que lo desarrolla.

Con el propósito de disminuir el peso de la interpretación en las humanidades, Gumbrecht intenta sacar adelante el concepto de presencia. En busca de la tan deseada materialidad del mundo propone una distinción binaria (que posee deliberadamente los rasgos de los tipos ideales weberianos) entre culturas del significado y culturas de la presencia, desarrollada igualmente o bajo otra denominación en libros anteriores (*Producción de presencia* y *Elogio de la belleza atlética* respectivamente). Con esta distinción Gumbrecht propone tornar menos influyentes los rasgos de una cultura del significado, propia del mundo moderno, y que nos acerquemos a una cultura de la presencia, típicamente medieval.

Al igual que con respecto a la temporalidad Gumbrecht se desmarca cautelosamente de Koselleck, aquí se desmarca de Derrida y la deconstrucción y pretende ir más allá del lenguaje, de la conciencia y de los (de)constructivismos en general. Sostiene que “podemos de nuevo imaginarnos que, partiendo del lenguaje, podamos encontrar el camino de vuelta a la lógica o, de forma más general, a un postulado de realidad fuera del lenguaje.” (p. 88)

En *Producción de presencia* Gumbrecht se mostraba más cauteloso en la explicación de la relación entre presencia y significado. Su apuesta por la

presencia no condenaba la atribución de significado, sino que se limitaba a criticar su hipertrofia contemporánea. Señalaba allí que la fecundidad de su planteamiento se halla en la proporcionalidad y en la tensión entre presencia y significado. Sin embargo, ante la asimetría entre presencia y significado, favorable a esta última, de los últimos paradigmas teóricos, Gumbrecht se inclinaba por hacer mostrar la importancia de la presencia en el discurso. En *Lento presente* los avisos con respecto a la inevitabilidad (parcial) del significado son menos numerosos. La propuesta, sin embargo, sigue siendo la misma. El problema que Gumbrecht encara es el problema de llevar al texto una presencia y una materialidad que muchas veces el lenguaje rehúye. Por eso Gumbrecht se posiciona contra una hermenéutica totalizadora que sólo piensa en interpretación cuando se trata del lenguaje, que cree que todos los aspectos del lenguaje son susceptibles de interpretación. De ese modo, propone relegar a un segundo plano la dicotomía *superficie material/profundidad semántica*. Por otra parte, Gumbrecht señala que la imposibilidad de llevar al lenguaje el mundo extralingüístico, junto con la nostalgia por la presencia y el confinamiento en el texto -dos de los grandes tópicos de la deconstrucción-, han dejado yermo el panorama intelectual actual de las humanidades. De ese modo, pretende sustituir la decepción de la deconstrucción con respecto al poder del lenguaje por la fascinación por cosas, espacios y materialidades que nos colman con su presencia. Además, más allá de la lógica profundidad/superficie, se centra en las materialidades del lenguaje, en sus aspectos espaciales, sonoros, rítmicos, en sus tonos, en su volumen, en su carácter envolvente. Y nos invita a “leer en busca de la *Stimmung*, lo que nos permitirá percibir las modalidades en que los textos, como realidades significativas y materiales, envuelven literalmente a sus lectores tanto física como emocionalmente” (p. 169). Su propuesta, alejada de consideraciones metodológicas, apunta a tomar en consideración y detenernos ante y con las *Stimmungen* encerradas en los textos.

Propone así una serie de formas de amalgamar lenguaje y presencia: el lenguaje oral como realidad física; las prácticas de la filología; las dimensiones físicas del lenguaje poético (el ritmo o la rima); el lenguaje del misticismo; la pretensión deíctica, contraria a la representación, de algunos textos de Ponge o Céline; los efectos de epifanía, etc. Formas todas ellas de permitir que ciertas presencias se revelen en el lenguaje y con el lenguaje. Es innegable la ascendencia heideggeriana de este motivo. Es más, Gumbrecht asume la apuesta heideggeriana del lenguaje como casa del ser y sostiene que existe cierta convergencia entre el *Ser* heideggeriano y su noción de presencia. En *Producción de presencia* dedica gran parte del tercer capítulo a fundamentar la posibilidad de dar acceso a la dimensión de presencia a través de la noción de *Ser*. Al igual que con respecto a la estetización de la historia, este

apresamiento de motivos heideggerianos y usos postmodernos no satisface a muchos. Éstos sugieren que el *Ser* no sirve para tales propósitos. Sin embargo, la convergencia entre ambas nociones (*Ser* y presencia) parece fuera de toda duda. El movimiento de apropiación de Gumbrecht, no tanto. En todo caso, la apuesta es arriesgada y, querámoslo o no, fecunda.

El tercer motivo que alienta los ensayos recogidos en este libro proviene de una intensa reflexión sobre el futuro de las humanidades. Debido a la caída del cronotopo del tiempo histórico, las humanidades se han estancado, y su futuro parece incierto. ¿Qué hacer hoy con las humanidades? Gumbrecht defiende que han de llegar a ser el lugar donde se pueda desarrollar lo que él denomina el pensamiento arriesgado, es decir, un tipo de pensamiento que genere propuestas que fuera del recinto de las humanidades (y de la academia y de la universidad en general) sean demasiado peligrosas. Se trata, en definitiva, de aprovechar el carácter aislado y eminentemente no práctico de las humanidades para desarrollar planteamientos que desde la sociedad no se podrían permitir, bien por ser demasiado comprometedores, bien por resultar demasiado costosos. Por otra parte, Gumbrecht defiende que, a diferencia del resto de sistemas sociales (terminología luhmanniana), que funcionan reduciendo las complejidades intrínsecas al propio sistema, las humanidades son y han de ser el lugar donde las complejidades se produzcan y se alimenten, llegando a generar una especie de superproducción de complejidades y de alternativas. De ese modo, Gumbrecht pretende sacar provecho de la tan criticada torre de marfil donde se enclaustran las humanidades, pues es precisamente esa distancia con respecto a la sociedad lo que les permite trocar en beneficio su extemporaneidad. Como las humanidades no comparten totalmente el mismo espacio ni el mismo tiempo con el resto de “sistemas sociales”, pueden convertirse en el lugar donde, merced a la superproducción intelectual, sea posible encontrar las llamadas verdades desagradables. Y este objetivo no se puede lograr si las humanidades no se sitúan algo más allá o más acá del resto de “sistemas sociales”. Ahí es donde se encuentra su especificidad y su provecho.

Evidentemente, esta tarea de poder sacar a la luz verdades desagradables debe realizarse desde una posición que reduzca los efectos de producción de significado e incremente los efectos de producción de presencia. De ese modo, la enseñanza (presencial, pues la figura del profesor y su presencia siguen siendo inevitables) se torna en una especie de exposición y señalamiento de complejidades. Este tipo de enseñanza que toma en consideración la presencia se caracteriza, pues, por ser deíctica en lugar de interpretativa. Esta puesta en práctica de la deixis, dejando de lado la interpretación, se encuentra a la base de la escritura de *En 1926* (allí donde Gumbrecht intenta plasmar los deseos de hacer presente un pasado concreto) y del *Elogio de la belleza atlé-*

*tica* (allí donde de la belleza no se aprende nada ni se obtiene un significado trascendente, sino que se disfruta de la intensidad de los momentos que ofrece y de la posibilidad de sentir la materialidad de los cuerpos).

En última instancia, Gumbrecht sólo pretende amplificar “la sensación de estar en sincronía con las cosas del mundo” o, al menos, anhelarla. En esta época donde todo es virtual y hemos sido privados de la espacialidad de nuestro mundo y de nuestro cuerpo, Gumbrecht se dedica a materializar. Es necesario subrayar que hay algunas dificultades inherentes a esta apuesta por la presencia. Ir más allá de señalar los efectos de presencia y de recogerlos en el texto es difícil; las presencias y las sustancias no se dejan conceptualizar fácilmente. El mismo Gumbrecht confiesa esta dificultad de acceso a la sustancia: “es probable que, ante la ausencia de conceptos filosóficos y la imposibilidad de un siguiente paso filosófico, buscar la sustancialidad, celebrarla y mostrarla a otros pueda ser algo así como una forma de vida filosófica.” (p. 106) Sin embargo, no por ello es menos meritoria su tarea. Al contrario. Por eso hemos de celebrar la inquietante presencia de Gumbrecht.

*Eduardo Zazo Jiménez*

J. MORENO LUZÓN (ed.), *Izquierdas y nacionalismos en la España contemporánea*, Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 2011, 303 pp.

La historia de las izquierdas y su relación con el nacionalismo en la vida política española es una historia compleja. Tanto monta si nos referimos a su relación con los nacionalismos subestatales como si nos referimos al nacionalismo español. La política territorial ha sido uno de los temas centrales que ha acompañado el proceso de modernización política española desde comienzos del siglo XIX y las izquierdas españolas no han sido ajenas al debate sobre la cuestión nacional.

El libro que aquí se reseña es una colección de conferencias que la Fundación Pablo Iglesias organizó en el Círculo de Bellas Artes. Los textos, ampliados y revisados bajo la supervisión de Javier Moreno Luzón, vieron la luz en junio de 2011. Entre los firmantes encontramos nombre ilustres de la historiografía política española como José Álvarez Junco, Andrés de Blas Guerrero, Santos Juliá, Sebastian Balfour o X. M. Núñez Seixas, entre otros.

Cabe destacar que el primer acierto del libro es atender a la izquierda en plural: es decir, hablando de izquierdas. Este matiz es importante porque el fenómeno de las izquierdas obreras no adquiere relevancia para la política parlamentaria española hasta finales de la primera década del siglo XX. El